

Malestar en la etnografía Malestar en la antropología

**María Epele y Rosana Guber
(compiladoras)**



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

De malestares, búsquedas y algunas propuestas en torno a la antropología colaborativa

María Inés Fernández Álvarez

Las reflexiones volcadas en este texto surgen de una trayectoria de investigación que ha estado marcada por el vínculo con organizaciones sociales, imprimiendo tonalidades específicas a la manera en que es posible (y deseable) hacer etnografía. Como antropóloga abocada al estudio de organizaciones que forman parte de lo que la literatura llama “sectores populares”, mis preocupaciones -malestares podríamos llamarlos a la luz del título del documento convocante al encuentro que dio origen a este libro- han energizado mi reflexión en dos direcciones. De un lado, la búsqueda nada sencilla por llevar adelante una práctica de investigación que reconoce el carácter colaborativo del conocimiento que producimos. Del otro, la necesidad de encontrar herramientas analíticas que nos permitan contornear una mirada que interroga los procesos políticos que hacen el objeto de mi investigación a partir del binomio éxito/fracaso. En este texto me propongo trazar un puente entre ambas preocupaciones, interrogando en el primer caso la idea de compromiso y en el segundo la de proceso, nociones que a mi entender se han vuelto rutinizadas al punto de quedar desdibujadas.

En relación con la búsqueda por llevar adelante una práctica de investigación colaborativa, me interesa anticipar que este calificativo implica para mí asumir un posicionamiento que es a la vez ético, metodológico y político. Esta afirmación parte de reconocer que, si bien la etnografía supone siempre alguna forma de colaboración necesaria a la producción de conocimiento, esto último no es sinónimo de asumir que la elaboración conceptual desarrollada a partir de un enfoque etnográfico sea una producción conjunta construida en el diálogo con aquellos y aquellas a quienes damos el estatus de interlocutores. Pero, sobre todo, y este es el punto que me interesa destacar aquí en función

de la reflexión que me propongo desarrollar en este texto, mi posicionamiento busca reconocernos en un lugar de paridad intelectual, es decir, afirmar su condición de productores de conocimiento teórico. Este señalamiento apunta más a explorar formas de textualización que hagan explícita esta condición y menos con formas de coautoría con las que las metodologías colaborativas suelen estar asociadas –aun cuando estas últimas puedan resultar muchas veces experiencias sumamente ricas–.

En relación con este primer punto, me interesa particularmente abrir una reflexión sobre la idea de compromiso en la medida en que a mi entender esta idea se ha convertido hoy en una categoría tan presente como laxa que cobra la mayoría de las veces forma de posicionamiento antes que práctica concreta. Y al hacerlo amenaza con volverse rutinizado en una lógica que requiere ser discutida incluyendo los espacios y formatos institucionales disponibles que los habilitan, promueven o constriñen. Me atrevo a decir, incluso, que esta rutinización sobre los modos en que se entiende el compromiso incluye no solo las prácticas, lógicas, formatos disponibles en el mundo que se define como “académico”, sino también aquel que se define como “militante”. Mi intención aquí es preguntarnos a qué estamos llamando compromiso, atrevernos a interrogar las lógicas y sentidos naturalizados en torno a cómo y qué nos referimos cuando apelamos a esta categoría para (re)pensar su potencialidad en el desarrollo de una antropología colaborativa.

En relación al segundo, la necesidad de encontrar herramientas analíticas que nos permitan tomar distancia de miradas normativas sobre los procesos políticos en términos de sus éxitos o fracasos, en mi trabajo reciente he señalado que esto supone un análisis de dichos procesos desde una lógica secuencial agregativa a partir de un horizonte prefigurado. Esta mirada pondera y evalúa resultados en lugar de aprender de aquello que se produce creativamente en el hacer cotidiano, en el transcurrir de esos procesos. Trazando un paralelismo con lo antes señalado, vale la pena reflexionar sobre la noción de proceso y en qué medida esta idea se ha tornado también una noción rutinizada integrando, junto con la de compromiso, la lista de términos “políticamente correctos” dentro de nuestro léxico antropológico.

Ahora bien, como en el caso previo esta preocupación por los resultados tampoco es patrimonio del “mundo académico”. Por el contrario, para los militantes y las militantes y dirigentes sociales con quienes me he vinculado mostrar *logros* resulta fundamental. De ahí mi interés en este texto por abrir un puen-

te entre ambas cuestiones. Puente que, en definitiva, remite a una pregunta más amplia acerca de las posibilidades y formatos a partir de los que nuestros esfuerzos investigativos sean capaces de confluir con las preocupaciones de aquellos y aquellas con quienes las llevamos adelante. En particular me interesa pensar cómo y desde dónde es posible trazar esos puentes al hacer etnografía.

Con este objetivo recupero reflexiones que en los últimos años he venido desarrollando en torno a estas dos preocupaciones a partir de mi labor con organizaciones sociales a la luz del trabajo de campo que comencé en septiembre de 2015, acompañando a cooperativas de “trabajadores del espacio público” (vendedores ambulantes y feriantes, principalmente) que integran la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Muy sintéticamente diré que la CTEP se formó en el año 2011 a partir de la confluencia de un heterogéneo conjunto de organizaciones sociales y políticas, muchas de las cuales tienen una prolongada trayectoria que se extiende al menos a los años noventa. La Confederación se define como una herramienta gremial, entendiendo por trabajadores de la “economía popular” a quienes quedaron fuera del mercado de empleo y “se inventaron el trabajo para sobrevivir”. De manera sintética, para esta organización la economía popular constituye “(...) un sector de la clase trabajadora sin derechos laborales ni patrón (...)”, que lejos de definir “otra economía” resulta “(...) una expresión de una economía global de mercado con la que tiene múltiples puntos de conexión” (Pérsico y Grabois, 2014). Por tanto, “economía popular” es para la CTEP una categoría reivindicativa que busca unificar una población heterogénea, habitualmente definida como “informal”, “precaria”, “externalizada” o “de subsistencia” y que algunos autores denominan “vidas sin salario” (Denning, 2011). Desde esta perspectiva coloca en primer plano dos atributos de esta población sobre la base de los cuales construyen sus demandas y hacen política: el reconocimiento de esta población como trabajadores y la ausencia de garantías sobre el conjunto de derechos que caracterizan el empleo “formal” o “en relación de dependencia”: obra social, aportes previsionales, licencias, accidentes de trabajo, asignaciones familiares, etc., que en la Argentina sentaron las bases de la “ciudadanía social”. En tanto sindicato y siguiendo la lógica del movimiento obrero en nuestro país, la CTEP se organiza por ramas según actividad laboral con el objetivo de unificar demandas y objetivos comunes a cada sector ocupacional. Así, los vendedores ambulantes, feriantes, cuidacoche, etc., constituyen la rama de trabajadores de los espacios públicos.

Primer malestar: sobre la forma en que calificamos el conocimiento de nuestros "otros"

Hace algunos años elaboramos un artículo junto a Sebastián Carenzo en el que, recuperando la noción de "coteorización" propuesta por la antropóloga Joanne Rappaport (2007) y a la luz de nuestra experiencia con una cooperativa de cartoneros del Gran Buenos Aires, reflexionamos sobre la necesidad de abandonar nuestra habitual forma de pensar el trabajo de campo como un espacio de producción de datos para considerarlo como un ámbito de producción conceptual conjunta (Fernández Álvarez y Carenzo, 2012). Siguiendo la propuesta de la autora, la noción de coteorización implica reconceptualizar la experiencia vincular del trabajo de campo como un espacio de creación teórico, desplazando para ello el eje del debate sobre la autoridad etnográfica que la antropología posmoderna había ubicado en el espacio de la etnografía como escritura. Este planteo cobró relevancia en el marco de una reflexión más amplia que me interesa señalar en función de la discusión que propongo en este texto, respecto de las contribuciones realizadas por la crítica cultural desarrollada en centros académicos norteamericanos, pero con gran acogida en nuestras latitudes. Como fue señalado por otros autores (Hale, 2006), la crítica cultural trajo con ella una antropología comprometida mucho más sensible a cuestiones de autoría textual que a replantear los términos y condiciones de nuestro involucramiento en las causas que como antropólogas y antropólogos acompañamos. O dicho en otros términos, una antropología en la que el compromiso quedó ubicado en el espacio de la escritura, más que en asumir formas encarnadas de vincularse en el trabajo de campo. Tomando en cuenta este señalamiento, podríamos decir que de alguna manera se hizo eco y contribuyó a profundizar una suerte de separación tácita entre producción académica y práctica militante sumamente presente en nuestros trabajos de investigación, según la cual la segunda no debería contaminar a la primera a riesgo de que esta perdiera capacidad crítica. Como resultado acompañar, estudiar y comprometernos no son términos-prácticas isomorfas ni convergentes, sino más bien contrapuestos o en el mejor de los casos en paralelo.

Abro un paréntesis para señalar que esta reflexión fue impulsada por un conjunto de antropólogos y antropólogas norteamericanas como es el caso de Rappoport o de Charles Hale a quienes hay que agregarlas contribuciones de Lynn Stephen (2013), entre otras, que desarrollaron trabajo de campo en América Latina con organizaciones sindicales o movimientos indígenas y

afrodescendientes en lugares como la costa pacífica colombiana, Oaxaca y Chiapas. Así, entraron en diálogo con colegas de la región, como es el caso de Luis Guillermo Vasco Uribe, con comunidades de Misak en Colombia y a través de estas con una tradición latinoamericana crítica que se desarrolló al calor de los movimientos emancipatorios y revolucionarios de los años setenta en dicho país u otros como la Argentina y Brasil. Estoy haciendo referencia a la obra de autores como Orlando Fals-Borda, impulsor de la *Investigación-Acción Participativa* en Colombia, la *Educación Popular* de Paulo Freire en Brasil e incluso la *Antropología Social de Apoyo* que Adolfo Colombres desarrolló inicialmente en la Argentina y luego en México ya como exiliado. Esta producción que quedó relegada en el diseño curricular universitario en antropología en nuestro país tiene fuerte presencia en espacios de formación política y pedagógicos por los que transitan las personas con las que me he vinculado en mi trabajo de campo, con algunas de los cuales están sumamente familiarizados como es el caso de la educación popular.

Cierro el paréntesis señalando que colocar la cuestión de la colaboración en el centro de nuestra práctica etnográfica al hacer investigación con organizaciones sociales deviene una cuestión crucial en tanto nos permite explicitar una tensión inherente a este vínculo que focaliza en el estatus asignado a estas "otras" y a estos "otros" en la dinámica de producción de conocimiento. Lejos de representar un mero ejercicio intelectual, esta reflexión constituye una cuestión de suma importancia en el trabajo de campo con estas organizaciones en tanto supone desarrollar nuestra investigación en un contexto en que aquellos a los que llamamos "interlocutores" poseen un alto nivel de formación política y la relación con "la universidad" o "los académicos" evidencia, en general, una rica historia de antecedentes, aunque jalonada por amargos desencuentros.

Volviendo sobre mi planteo, en el texto al que hago referencia (Fernández Álvarez y Carengo, 2012) afirmamos la necesidad de repensar el modo en que conceptualizamos la idea de extrañamiento en tanto procedimiento intrínseco al quehacer antropológico distinguiendo entre una modalidad que llamamos "ontológica" -que establece una distancia afectiva, política, profesional, etc.- de otra que llamamos "metodológica" -que habilita la reflexión crítica-. De manera un tanto provocativa, nuestra propuesta buscaba interrogar la noción de extrañamiento abriendo la posibilidad a pensar que desdibujar las distancias afectivas, políticas, profesionales con quienes llevamos adelante nuestras investigaciones no impide *per se* el desarrollo de una reflexión crítica. En sen-

tido inverso, esta última no requiere necesariamente establecer distancias, lo que para nosotros y nosotras equivale a afirmar que es posible y deseable hacer investigación allí donde construimos compromisos menos como enunciados o posicionamientos y más como una práctica encarnada en acciones concretas que suponen involucrarnos afectiva, política y profesionalmente. En este sentido podemos decir que animarnos a tomar distancia de una forma ontológica de extrañamiento, según la cual el involucramiento contaminaría nuestra capacidad de producir conocimiento crítico, implicó dejarnos afectar en el sentido que Favret-Saada (1990) da a este término. Además, este dejarnos afectar habilitó una práctica de colaboración donde la producción de conocimiento pasa por cuestiones que, siguiendo el planteo de la autora, ponderan la experiencia sensorial, la corporalidad y las emociones por sobre las representaciones, no solo en relación con aquello que observamos y como lo traducimos en nuestros textos, sino también de cómo conocemos.

Para ilustrar esta cuestión introduzco a continuación una escena de campo con la Cooperativa Vendedores Unidos del Tren San Martín conformada formalmente como tal en agosto de 2014. Los vendedores y vendedoras del tren tienen una organización sumamente estructurada con códigos y reglas –“códigos de vida” para usar sus términos- que organizan tanto el espacio como los ritmos, dinámicas y relaciones de trabajo dentro de las que cobran centralidad las relaciones de parentesco. Son estos vínculos los que organizan desde la posibilidad misma de trabajar hasta la forma de utilizar el espacio y desarrollar la actividad, incluyendo la circulación de saberes respecto de la venta en sí misma (aprender a qué horas es mejor salir a vender, dónde comprar y guardar la mercadería, la forma de vincularse con los guardas y fuerzas de seguridad, etc.). A esta centralidad de las relaciones de parentesco hay que agregar la forma en que la idea de familia es movilizada para hablar de las relaciones que se tejen entre ellas y ellos. “Nosotros somos una familia” suelen enfatizar al hablar de su agrupación. Y esta afirmación tiene la intención de remarcar las relaciones de parentesco a las que hice referencia previamente y a la vez “los códigos de vida” que fueron creando para hacer frente a las situaciones de violencia sistemática con las fuerzas de seguridad y los funcionarios públicos (decomisos, persecuciones, detenciones), desarrollando prácticas de cuidado colectivas que incluyeron la conformación de la cooperativa. Resulta pues evidente que la noción de familia abarca y sobrepasa vínculos “biológicos” para incluir relaciones de amistad y convivencia forjadas en el tren. Más aun, “el fierro” –para usar los términos que mis interlocutores prefieren a la hora de hablar del tren- puede ser pensado como substancia

del parentesco como espacio (relacional) que forja, crea y (re)define vínculos de parentesco (Fernández Álvarez, 2018). Particularmente impactante en este sentido fue para mí la forma en que las vendedoras y los vendedores relataron accidentes en el tren que dejaron marcas corporales o dieron muerte a un compañero. Narraciones incluidas como parte de un relato en el que describía la manera en que, cuando chicos, se divertían saltando de un tren a otro, hacían apuestas respecto de la capacidad para subir al tren cuando ya estaba en movimiento o sobre quién lograba subir más tarde cuando ya había arrancado. Estas narraciones me invitaron a pensar en el tren, o más bien “el fierro”, como materia que se proyecta en los cuerpos mutilados definiendo un vínculo de continuidad corporizado en la producción de relaciones familiares que tiene presencia en las muertes de los que ya no están, pero también renueva prácticas de cuidado y organización colectiva.

Fue de hecho en un viaje en el tren donde comprendí plenamente la profundidad de ese vínculo con “el fierro” que los produce como personas. Una mañana nos encontramos con Silvia Palmieri -referente de la agrupación- en la estación Chacarita ubicada en el centro de la Ciudad de Buenos Aires, ya que ella venía de hacer unas compras en “capital” con su tía para viajar juntas rumbo a la localidad de San Miguel a una reunión con “las mujeres de fierro” a la que me había invitado a sumarme. Nos ubicamos en el furgón, un vagón sin asientos destinado a quienes se trasladan con su bicicleta o llevan grandes bultos, donde eligen viajar los vendedores cuando no están trabajando. Al rato de andar, la tía le preguntó a Silvia en qué estación estábamos. Sin dudarlo, le respondió que nos encontrábamos llegando a El Palomar. “Yo te puedo decir dónde estoy por cómo se mueven los rieles, por el ruido de las piedras, porque como siento el movimiento en las piernas”, afirmó a continuación. Pasando la mano derecha sobre su brazo izquierdo agregó: “el fierro está en mi sangre, es parte de mí”. Me atreví entonces a compartir con ella las ideas que venía pensando sobre el tren y la relación con el cuerpo. Sonriendo y sin decirme nada Silvia se fundió conmigo en un abrazo.

A diferencia de otras denominaciones como “etnografía militante” o “activista”, la idea de colaboración supone como punto de partida cierta forma de exterioridad que afirma y pone en discusión. La afirma, en la medida en que implica reconocer que el compromiso no está dado de antemano sino que es el producto del encuentro de sujetos que provienen de espacios con lógicas y dinámicas específicas, incluso cuando en la práctica concreta puedan yuxtaponerse. Al mismo tiempo, esa exterioridad se pone en discusión en

tanto muchas veces esa colaboración nos transforma convirtiéndonos en militantes de causas que no esperábamos abrazar. Este ha sido para mí el caso de acompañar a las cooperativas de trabajadores de los espacios públicos que integran la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Valga en consecuencia repensar la idea misma de colaboración para ponderar cómo esta práctica implica borrar, al menos situacionalmente, estas fronteras. En este camino, sin duda, una de las apuestas más significativas y a la vez más desafiantes ha sido revisar la centralidad que tiene en nuestra práctica el registro textual e incluso la palabra hablada, “testimonial”, para estar más atenta a la comunicación no-verbal (la corporalidad, los gestos, las emociones). No solo en el contexto etnográfico atendiendo a la forma de ponderación de este registro por parte de nuestros interlocutores, sino también en la búsqueda por encontrar caminos que permitan discutir los resultados de este trabajo a partir de estrategias que la producción escrita no habilita, dando lugar al registro audiovisual que incluye lenguajes no-verbales de expresión. Este ha sido, por ejemplo, parte del trabajo realizado en el equipo que coordino y con otros colegas en el que desarrollamos de manera conjunta contenidos y herramientas audiovisuales destinadas a fortalecer prácticas de autoformación en las cooperativas con las que trabajamos. Como fue señalado por otros autores, la utilización de herramientas audiovisuales resulta de especial relevancia en el desarrollo de experiencias colaborativas de investigación (Leyva Solano, 2011; Kohler, 2010) en tanto facilita el desarrollo de instancias conjuntas de reflexión y análisis. En nuestro caso, fue sustantiva en función de abrir espacios de debate colectivo que permitieron construir objetivos comunes de trabajo, pero también para comunicar en un lenguaje mucho más accesible y directo resultados parciales de nuestra labor.

Segundo malestar: sobre la forma en que evaluamos las acciones de los “otros”

Llevo algunos años desarrollando una reflexión acerca del carácter discontinuo de los procesos políticos. Esbozando una perspectiva etnográfica atenta al transcurrir de estos procesos más que a sus resultados (en términos de éxitos o fracasos como pares dicotómicos) he afirmado la potencialidad política de lo que en otro lado he llamado “procesos truncos” (Fernández Álvarez, 2016) con el objetivo de ponderar más que las marchas, las contramarchas que suelen quedar en el mejor de los casos opacadas –si no vistas como fracasos– y que desde mi óptica constituyen instancias, prácticas, acciones fundamentales en

el devenir de los procesos políticos que estudiamos. En términos analíticos, poner el acento en el transcurrir supone dar relevancia a aquello que se produce en esos procesos cuyo resultado suele ser imprevisto, señalando el sentido no lineal y sobre todo errático.

Esta reflexión se entronca con una empresa más amplia que venimos llevando adelante junto con Julieta Gaztañaga y Julieta Quirós con quienes, haciendo uso de la noción de creatividad social en los términos que la entiende el antropólogo David Graeber (2005; 2012), buscamos elaborar una propuesta programática atenta a las potencialidades de la investigación etnográfica para abordar la naturaleza a la vez direccionada e indeterminada, proyectada y emergente de los procesos políticos que estudiamos (Fernández Álvarez, Gaztañaga y Quirós, 2017). Esta empresa que aboga por lo que provisoriamente hemos llamado “política del transcurrir” se vale de una particular noción de proceso entendido a la vez como concepto y práctica de conocimiento (Gaztañaga 2014) a la que atribuimos el adjetivo *vivo*. Hablar de la política como proceso vivo implica no solo resaltar el carácter dinámico de la vida social sino también señalar que en tanto etnógrafas somos capaces de reconstruir esa dinámica desde un punto de vida menos intelectual y más vivencial (Quirós, 2014), en los términos a los que hice referencia en el apartado previo.

Me interesa aquí abrir una discusión sobre la noción de proceso como una categoría rutinizada en la medida en que esta idea se ha convertido en un término autoexplicativo que suele utilizarse a modo de etiqueta para afirmar el carácter dinámico de los fenómenos que estudiamos perdiendo su potencial como principio analítico. Valga pues encontrar en esta adjetivación (proceso *vivo*) un ensayo por desafiar esa rutinización que invita a repensar el sentido de dicha categoría.

A continuación, me concentro en los primeros momentos de mi trabajo de campo con las cooperativas que integran la Rama de Trabajadores del Espacio Público en su momento de formación. Esta etapa coincidió con un contexto muy particular marcado por la agudización de las políticas de ordenamiento del espacio público que se sintetiza en una idea de “limpieza” (Pacceca, Canelo y Belcic, 2017) y ha incluido en los últimos años estrategias de represión directa sobre la venta ambulante (como desalojos, decomisos, detenciones) que se combinan con iniciativas de privatización del espacio público (asociados a un proceso creciente de lo que la literatura denomina “gentrificación”). Esta política afectó particularmente a vendedores ambulantes que desarrollaban

su actividad en la vía pública -estigmatizados bajo la categoría peyorativa de “mantero” cuyas prácticas el Estado define como “informales” o “ilegales”-.

En ese contexto asistí de manera semanal a las reuniones de “la Rama”, en las que participan vendedores ambulantes como fue el caso de Héctor, un “busca de toda la vida” que desde los 14 años vendía en “los bondis”, la calle y los estadios. Fue, en efecto, de boca de Héctor de quien escuché por primera vez hablar de los problemas con “la cana” que “los perseguía como delincuentes y no los reconocía como trabajadores”. En efecto, en la primera reunión de este espacio de la cual participé a comienzo de septiembre de 2015, Héctor se dedicó detenidamente a relatar un *conflicto* en la localidad de San Justo (partido de La Matanza) con vendedores ambulantes. Me explicó que la policía estaba desalojando a “100 familias que se estaban por quedar en la calle” -una expresión que en ese contexto paradójicamente quería decir “sin la calle” para trabajar- frente a lo cual habían conformado una cooperativa: “una herramienta gremial para dar la pelea y adquirir derechos”.

Conflicto era una categoría recurrente en las reuniones de “la Rama” que solía cobrar centralidad. Remitía a un término amplio que, si bien podía utilizarse para hacer referencia a un acontecimiento particular, al mismo tiempo hablaba de un estado más general y persistente que describía las relaciones entre trabajadores y fuerzas policiales en el espacio público. Los conflictos eran centrales en la dinámica de relaciones en este espacio: era a raíz de una situación de este tipo que los trabajadores solían entrar en contacto con la CTEP o acercarse a las reuniones de la Rama. El relato de los conflictos y sus modos de resolución eran habitualmente referenciados para señalar enseñanzas o ejemplos a seguir -ya sea que se trate de una pelea ganada o una derrota- y en sentido más amplio los aprendizajes adquiridos por cada colectivo. Finalmente la idea de conflicto energizó el proceso de construcción política en tanto el espacio público se define como un espacio de disputa, tal como lo explicaba Gabriela Olguin, presidenta de El Adoquín, una cooperativa que comercializa sus productos los domingos en el barrio de San Telmo, en una de las reuniones “(...) con los compañeros del Adoquín, que hace mil años que estamos en la CTEP, nos dimos cuenta que el conflicto nuestro es inevitable porque el conflicto en el espacio público anida en sí mismo la contradicción fundamental que es la contradicción de clase”.

Resulta casi evidente, por tanto, que la idea de conflicto estaba lejos de conllevar una connotación negativa -aun cuando se utilizaba sistemáticamente

para hacer referencia a situaciones de enfrentamiento más o menos abierto con la policía-. Por el contrario, se trataba de una categoría que adquiría productividad política en su articulación con otra idea recurrente como era la de *logro*. En efecto, al relato de esos conflictos le seguía habitualmente un ejemplo que materializaba logros o conquistas que se presentaban como experiencias de las que inspirarse: los tarjeteros de Ballester que habían conseguido ser incorporados por el Municipio como empleados públicos dejando de ser considerados “trapitos” –una categoría sumamente peyorativa- para convertirse en “cuidacoches”; los artesanos del Adoquín que lograron resistir numerosos intentos de desalojo, sosteniendo desde hacía más de siete años una feria de manera autogestiva, elaborando un proyecto de ley que reconoce el “fin social” de su actividad y un producto colectivo que comercializan de forma cooperativa; o los vendedores del tren San Martín que habían conformado una cooperativa desde la que se organizaban para negociar con las autoridades del ferrocarril el reconocimiento de su actividad como un servicio y mejorar sus condiciones de trabajo.

Así, en el diálogo con otros trabajadores con los que se entraba en contacto a raíz de un conflicto, resultaba fundamental contar con la participación de compañeros que relataran y compartieran estos logros, tal como lo aprendí en las reuniones con vendedores que habían sido desalojados de las zonas capitalinas de Caballito y Flores. En estas oportunidades, los integrantes de El Adoquín y los *cuidacoches* de San Martín se acercaron a la plaza en la que había expectante un conjunto de 50 trabajadores y trabajadoras (en su mayoría mujeres) que escuchaban hablar de la CTEP por primera vez. Allí, un compañero de San Martín explicó cómo habían logrado ganarle al Municipio su reconocimiento y ahora tenían un empleo estable, uniforme, obra social, etc., mientras que otro de El Adoquín narró la manera en que habían logrado organizarse en San Telmo, resistiendo sucesivos operativos de desalojo, una forma de testimoniar esos logros en la experiencia vivida que se compartía con otros, invitándolos a sumarse.

Lo mismo pude advertir en una reunión con un grupo de vendedores desalojados de la calle Avellaneda cuando el conflicto venía extendiéndose en el tiempo y comenzaba a desgastarse. En esa oportunidad, además de elaborar un volante que se distribuyó a los presentes donde se sintetizaban los objetivos de la CTEP, y de distribuir material sobre la Mutual Senderos, Gabriela le pidió a Silvia, referente de la Cooperativa Vendedores del Tren San Martín, que compartiera su experiencia. Luego de contar que llevaba 30 años

vendiendo en el tren donde había empezado a trabajar con apenas siete años, de pie y a pesar de las bajas temperaturas, Silvia se quitó los dos pulóveres que la abrigaban del intenso frío para mostrar la remera azul con el logo de la CTEP y la imagen del tren elegida por sus compañeros como estandarte de la agrupación. Se detuvo en explicar que la cooperativa de la que ella y su marido -sentado a su lado- formaban parte se había conformado para “lograr mejores condiciones de trabajo y beneficios para los compañeros, pero sobre todo para protegerse de la policía y los inspectores”. De ahí, explicaba Silvia a los presentes cuya experiencia cotidiana estaba marcada por situaciones de violencia como secuestro de mercadería, desalojos y detenciones, que el logo de la CTEP estuviera en la parte delantera “porque eso nos protege”, compartiendo con quienes estábamos ahí presentes la sensación de que para Silvia la CTEP la acompañaba en esa remera cuidando de ella y sus compañeros.

Vale notar aquí que estas experiencias –los tarjeteros de San Martín, los vendedores del Tren o los artesanos de El Adoquín- más que mostrar éxitos en términos de resultados –aunque sin duda estos son sumamente valorados- sintetizan logros organizativos de manera tal que la posibilidad de organizarse es en sí misma una conquista. Comprender cabalmente el sentido del término logro en este contexto requiere tomar en cuenta las características que suelen atribuirse a esta actividad como un trabajo sumamente individual y atomizado. En estos términos lo afirmaba Gabriela en un evento organizado en la Cámara de Diputados en abril de 2016:

“Nosotros cuando, cuando peleamos en la calle, generalmente somos como tribus...nos conocemos y sabemos que somos como bandas que caminamos todos juntos... ¿se acuerdan? Que estaban los de Florida, en los de Florida había este...bandas también divididas; están los de la costanera, los de la calle Corrientes, los de San Telmo, los que trabajan en el tren, los que trabajan en el subte...Nos cuesta mucho encontrarnos... Nos cuesta mucho unir la lucha... Se está hablando... y eso que no es una estadística nuestra sino una estadística de la Cámara de la Mediana Empresa que siempre se toman mucho trabajo en estudiarnos... de algo más de 10.000 trabajadores de los espacios públicos sin registrar, sin trabajar en ferias, o sea que no están formalizados... solamente en la Ciudad de Buenos Aires. No contamos los que están en el Conurbano, en cada centro urbano,

en cada estación, en cada centro comercial, debajo de las autopistas, en los lugares donde se puede poner una mantita nosotros tratamos de darles de comer a nuestras familias.... (...) Ojalá que este día sea el comienzo de un encuentro que podamos hacer un gran frente...una gran comisión de los trabajadores de los espacios públicos, porque imagínense el potencial que tenemos de lucha si somos más de 10.000 en toda la Ciudad.”¹

En sentido más amplio, la idea de organización como logro constituye parte de la apuesta política de la CTEP y la forma en que se conceptualiza la economía popular, en tanto apuntalar la capacidad de autoorganización de aquellos que tuvieron que reinventarse el trabajo para sobrevivir, es para sus dirigentes uno de sus principales desafíos. Desde esta óptica, hacer juntos(as), usando una categoría que propuse en base al estudio de otros procesos de organización colectiva, es en sí misma un logro. Así, una de las principales ventajas consiste en la posibilidad de pensarse como trabajadores y luchar por derechos como tales. En estos términos lo explicaba Silvia en una entrevista radial realizada en octubre de 2015 con motivo del Primer Encuentro de Trabajadores del Espacio Público de la CTEP: “(...) antes nos organizábamos con los códigos de la vida, ayudándonos unos a otros, especialmente a quienes estaban pasando por un mal momento en lo personal, ya sea por una enfermedad o si fallecía algún familiar. Hoy tuvimos la posibilidad de organizar una agrupación, incorporarnos a la CTEP y luchar por nuestros derechos como trabajadores”.²

La idea de logro elaborada en este espacio brinda algunas pistas para volver sobre la noción de proceso vivo en los términos a los que hacía referencia más arriba, aportando elementos para discutir el contenido de esta categoría en términos analíticos. En esta dirección, estudios etnográficos recientes han propuesto interrogar el carácter fluido como supuesto ontológico acerca de la vida social, que la idea de proceso vino a instalar dejando atrás un marco atemporal y estático en el análisis antropológico (Hodge, 2014). Desde esta perspectiva la idea de proceso supone una relación pasado-presente-futuro cuya dirección es espacial y por tanto supone un tiempo lineal, de modo tal que operaría desde una noción preconstruida de tiempo que no es interrogada.

¹ *Convocatoria abierta: Los diputados de la Nación reciben a los trabajadores de los Espacios Públicos*, Edificio Anexo de la Cámara de Diputados, Cong., s/n (20 de abril de 2016) (Testimonio de Gabriela).

² Palmieri, Silvia (6 de octubre 2015), entrevista del programa “Ritmo Sustancia”, FM Raíces [audio disponible]. Recuperado de <http://www.fmraicesrock.org/2015/10/los-vendedores-ambulantes-piden-que-se.html>

A diferencia, la llamada antropología de la inmanencia inspirada en la filosofía de Giorgio Agamben, Gilles Deleuze y Félix Guattari permitiría introducir una naturaleza temporal de los procesos y las formas de continuidad, ruptura y transformación que, al interpelar cualquier sentido de trascendencia, se distancia de una mirada teleológica. Todo evento perteneciente a un “proceso” se genera de forma inmanente, lo cual permite incorporar la multiplicidad de espacios-tiempos que lo constituyen.

Valiéndose de la noción de proceso formulada por el historiador británico E. P. Thompson, la antropóloga Kathleen Millar (2015) elabora una interesante crítica a la antropología de la inmanencia que emergió como clave analítica para iluminar el carácter indeterminado de la vida social, poniendo en segundo plano una lectura en términos de trascendencia. Según la autora, la formulación de E.P. Thompson *making* -traducida al español como “formación” pero cuyas acepciones incluyen también las de creación y producción-, brinda otra puerta de entrada para pensar la relación proceso-historia-temporalidad en la medida en que la historia es un producto de proyectos individuales y colectivos elaborada en esa *formación*. Así, es en la historia donde el devenir *-becoming-* deleuziano se concretiza. En efecto, para el historiador británico la idea de proceso es una categoría anudada a la de historia como texto. El carácter contingente y espontáneo de la vida social no está determinado por la historia como algo externo, sino que la produce. La idea de experiencia, central en su planteo sobre la formación de la clase obrera, contiene en sí misma ese sentido de inmanencia en tanto para el autor el modo en que la gente experimenta sus condiciones de vida solo se hace inteligible a la luz de costumbres, tradiciones y herencias intergeneracionales en un pasado-presente que esta anudado en esa experiencia. Al priorizar el carácter vivido de esa experiencia –como forma de procesamiento que incluye significados, sentimientos, valores, emociones, afectos que opera analíticamente como una categoría mediadora entre condicionalidad y agencia- la noción de proceso incorpora en la perspectiva thompsoniana el carácter fluido y a la vez inmanente de la vida social: la experiencia es una forma de producir y a la vez estar en el mundo.

Encuentro que la perspectiva procesual *à la Thompson* resulta una interesante clave para interrogar nuestra habitual tendencia a ponderar las acciones como resultados por sobre los procesos que las producen, contribuyendo al desarrollo de una política del transcurrir que incorpore el carácter reversible, errático, no-lineal de la vida social, deshaciéndonos de una lectura evaluativa

de los procesos en términos de éxitos o fracasos. Vista desde esta clave, la idea de logro elaborada por quienes integran la Rama incorpora una idea de proceso vivo al destacar el carácter creativo de las acciones menos resultados de acciones determinadas y más como la construcción de horizontes de posibilidades.

Palabras finales

Inicié mi vínculo con la CTEP a través de Gabriela, tomando contacto -como suele pasar cuando hacemos trabajo de campo- con un mundo social con el que no me había propuesto originalmente hacer investigación, como es el de las personas para quienes el espacio público es su medio de (re)producción y que rápidamente me cautivó. Durante esos primeros meses, al salir de las reuniones de “la Rama” una misma idea me acompañaba mientras caminaba rápido por las calles linderas a la estación Constitución donde se ubica la sede central de la CTEP que pasadas las 8 de la noche cobran un paisaje arduo: en qué medida esos intercambios ponían en discusión las reflexiones que venía desarrollando sobre la potencialidad de los “proyectos trancos” en el estudio de la política colectiva, una reflexión que para mí tenía también un sentido político.

La idea de logro que había escuchado repetir en boca de Gabriela y los demás compañeros de la Rama parecía desafiar mi tesis obligándome a revisarla. Con el tiempo fui leyendo esa categoría en una clave menos literal para interrogar qué estaban diciendo mis interlocutores cuando hablaban de logros. Creo no equivocarme al afirmar que aprendí en ese diálogo la importancia que tienen los logros menos como éxitos o triunfos cristalizados en acciones y más como un producto del “trabajo de hormiga” que se hace en el día a día. O en otros términos los logros no como estados permanentes o resultados acabados, sino como parte de procesos abiertos que pueden ser incluso muchas veces reversibles pero que no por ello deja de ser necesario destacarlos. Una noción que puede ser entendida a la luz de una perspectiva procesual *à la Thompson* que se aleja de una lectura teleológica para incorporar el carácter indeterminado de la vida social como discontinuidad. Desde esta perspectiva, la categoría de logro aquí sintetizada permite reintroducir cierta idea de trascendencia como proceso, más en el sentido de posibilidad o proyecto que objetivo. Volviendo sobre mi propio trabajo, diría que pondera el carácter proyectual de ese hacer juntos(as) donde lo que está en juego es ampliar

el horizonte de los posibles (Fernández Álvarez, 2016). Carácter proyectual que trae consigo la posibilidad de imaginar, como modo de producir nuestro mundo y realidad material.

Volviendo al inicio de este texto, encuentro hoy que mi reflexión sobre lo que llamé “proyectos truncos” pensados menos como fracasos y más como instancias para ensayar la *posibilidad de -y* en sentido más amplio la preocupación por elaborar herramientas analíticas que permitan hacer lugar a la discontinuidad de los procesos políticos- responde a una inquietud de larga data en mí recorrido como antropóloga, relativa a las posibilidades de hacer confluir en nuestra práctica un modo de hacer investigación que sea productivo a la vez académica y políticamente. Puesto en otros términos, diría que esta cuestión puede plantearse de la manera siguiente: cómo y bajo qué condiciones es posible llevar adelante una producción de conocimiento en la que nos hablemos menos entre nosotros y nosotras –cientistas sociales- y más con aquellas y aquellos con quienes llevamos adelante nuestra labor investigativa. Estoy convencida, aun cuando “el cómo” resulta una tarea pendiente y un camino a construir, que esto solo es posible partiendo de un enfoque que sea capaz de reconocer allí donde antes encontrábamos saberes o en el mejor de los casos “teorías nativas”, la producción de conceptos analíticos y de teoría social. Esto quiere decir, en principio, que nuestra tarea requiere ir más allá de recoger esa producción para traducirla en términos académicos (lo cual nos reenvía a un modelo extractivista de producción de conocimiento según el cual nuestros interlocutores producen datos y nosotros producimos conceptos-análisis-teoría).

Por su capacidad para comprender el mundo social a la luz de las preocupaciones, sensaciones, interpretaciones que de él tienen nuestros interlocutores (Guber, 2014) y su condición de conocimiento producido a partir de la experiencia social compartida en el campo (Rockwell, 2009), la etnografía es sin duda una herramienta especialmente afín a esta empresa. Nos queda, como antropólogos y antropólogas, la tarea de enfatizar que esa comprensión cuyo resultado sienta las bases de lo que llamamos teoría antropológica, es una labor colaborativa. Y desde este reconocimiento asumir que acompañar investigando es una modalidad de compromiso que requiere mucho más que una declaración de intenciones.

Referencias bibliográficas

- Balbi, F. A. (2015). Creatividad social y procesos de producción social: hacia una perspectiva etnográfica. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, XIII(18), 9-29.
- Denning, M. (2011). Vida sin salario. *New left Review*, 66, 77-94.
- Favret Saada, J. (1990). Être affecté. *Gradhiva: Revue d'Histoire et d'Archives de l'Anthropologie*, 8, 3-9.
- Fernández Álvarez, M. I. (2016). La potencialidad de las situaciones truncas para el estudio de la política colectiva. M. I. Fernández Álvarez (comp.), *Hacer juntos(as). Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva* (pp. 223-244). Buenos Aires: Biblos.
- Fernández Álvarez, M. I. (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular Argentina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 62, 21-38.
- Fernández Álvarez, M. I. y Sebastián, C. (2012). "Ellos son los *compañeros* del CONICET": el vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, X(12), 9-34.
- Fernández Álvarez, M. I., Gaztañaga, J. y Quirós, J. (2017). La política como proceso vivo: diálogos etnográficos y un experimento de encuentro conceptual. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LXII(231), 277-304.
- Graeber, D. (2005). Fetishism as social creativity or, fetishes are gods in the process of construction. *Anthropological Theory*, 5(4), 407-438.
- Graber, D. (2012). *Revolutions in Reverse: Essays on Politics, Violence, Art, and Imagination*. Londres y Nueva York: Minor Compositions.
- Gaztañaga, J. (2014). El proceso como dilema teórico y metodológico en antropología y etnografía. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, XII(16), 35-58.
- Guber, R. (2014). Introducción. Guber, R. (comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo* (pp. 13-40). Buenos Aires: Ides-Miño y Davila.
- Hale, C. y Lynn, S, (eds.) (2013). *Otros Saberes Collaborative Research on Indigenous and Afro-Descendant Cultural Politics*. New Mexico: School for Advanced Research Press.
- Hale, C. (2006). "Activist Research vs. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the Contradictions of Politically Engaged Anthropology". *Cultural Anthropology*, 21(1), 96-120.

- Hodge, M. (2014). Immanent anthropology: a comparative study of 'process' in contemporary France. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 20(1), 33-51.
- Kohler, A. y Estrada Aguilar, M. (2013). Desde y para los pueblos originarios: Nuestra video-producción en Chiapas, México. *Revista Chilena de Antropología Visual*, 21, 80-103.
- Leyva Solano, X. (2011). Academia versus activismo? Repensarnos desde y para la práctica-teórico-política. Leyva Solano, X. et al. (comps.), *Conocimientos y prácticas políticas. Reflexiones desde nuestras prácticas de conocimientos situadas* (pp. 591-629). San Cristóbal de Las Casas: Las Otras Ediciones, CIESAS y Programa Democratización Transformación Global de la Universidad Nacional de San Marcos.
- Millar, K. (2015). Introduction: Reading Twenty-first-century Capitalism through the Lens of E. P. Thompson. *Focaal-Journal of Global and Historical Anthropology*, 73:3-11.
- Pacecca, M. I., Canelo, B. y Belcic, S. (2017). "Culpar a los negros y a los pobres". Los "manteros" senegaleses ante los allanamientos en el barrio de Once. M. Pita y M. I. Pacecca (comps.), *Territorios de control policial. Gestión de ilegalismos en la Ciudad de Buenos Aires* (pp.199-220). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Pérsico, E. y Grabois, J. (2014). *Cuaderno de formación N1 y N2. "Organización y economía popular: nuestra realidad"*. Buenos Aires: Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular (CTEP).
- Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, XII(17), 47-65.
- Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229.
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica*. Buenos Aires: Paidós.

Este libro es el resultado de un encuentro realizado en agosto del 2017, entre ocho antropólogas, para exponer, dialogar y pensar sobre ciertos malestares que emergen de etnografías llevadas a cabo en nuestras realidades desde orientaciones y sobre temáticas diversas. Los malestares que nos ocupan en estos textos emergen y son modelados al ritmo de la investigación de ciertos problemas, las genealogías académicas locales, las coordinadas socio-culturales, las economías de marginación y desposesión que el capitalismo periférico produce. Los capítulos del libro cartografían ciertos nudos problemáticos que atraviesan las etnografías locales: las nociones teórico-políticas que orientan los horizontes de la investigación; los malestares relativos a procesos económicos y políticos vinculados al capitalismo contemporáneo; la conceptualización en el trabajo de campo y en el análisis; la productividad de los malentendidos y equívocos en la modificación de nuestros modos antropológicos de entender; la co-laboración y confluencia entre agendas académicas y de organizaciones sociales; el trabajo colaborativo entre diferentes antropólogos en una misma investigación; los alineamientos con modelos académicos dominantes, y el desarrollo de propuestas minoritarias respecto a ellos.

A través de esta exploración dialógica, examinar las investigaciones en términos de mal-estares busca devolver estas incomodidades a las realidades, cuerpos y contextos de vida de los que emergen, con el objetivo de promover las mejores versiones de nuestras etnografías, a la luz siempre de las miradas de otras y otros..